

PRINCIPIOS TEOLÓGICOS Y PEDAGÓGICOS SOBRE EL MISTERIO DE LA IGLESIA

José J. RODRÍGUEZ MEDINA, F. S. C.
Salamanca

INTRODUCCIÓN.

El Concilio ha dado una visión nueva de la Iglesia, tanto a través de su Constitución «Lumen Gentium» como en las de liturgia, oficio pastoral de los obispos, formación sacerdotal, adecuada renovación de la vida religiosa, relación con otras Iglesias, mundo moderno, libertad religiosa, etc.

La Iglesia se nos presenta ahora, ante todo, como espiritual, mística, servidora, necesitada de pobreza y de humildad, más que de compromisos y manifestaciones humanas, políticas, económicas; en una palabra, necesitada de dar testimonio de sí misma.

¹ Sobre el tema pueden consultarse tres páginas del Padre A. LIÉGÉ, O. P.: *Le mystère de l'Eglise*, en «Initiation Théologique», IV, Cerf, París, 1954, páginas 388-390.

Han resultado profecía para el presente las palabras lapidarias que pronunciara Guardini hace bastantes años:

«Un hecho religioso de alcance imprevisible ha comenzado: el despertar de la Iglesia en las almas... Ésa prodigiosa realidad que llamamos «Iglesia» revive; y comprendemos que es lo único que cuenta. Empezamos a experimentar en nosotros algo de aquel ardor que congregaba a los grandes santos en torno de ella para defenderla. Sus discursos antes ¿no nos han parecido a veces reunión de palabras? Pero ahora, algo comienza a brillar. El pensador acude a ella para contemplar golosamente el principio máximo de intelección de todas las cuestiones. El artista siente a su lado con fuerza y exaltación cordial la prodigiosa perfección, finura y transfiguración de todo lo real por virtud de una fuerza sublime de claridad y belleza. El hombre que aspira al progreso moral ve en ella la plenitud de perfección viva para desarrollar todas sus capacidades santificadas en Cristo, la fuerza irreconciliable entre el sí y el no que exige una decisión, el combate sin tregua a favor del Reino de Dios contra el mal. Los que se meten en política —no pensamos en la acepción ordinariamente odiosa de esta palabra, existe también la buena—, contemplan a la Iglesia como el orden supremo de las cosas en el que todo ser vivo se despierta a la plenitud y encuentra el sentido de su propio ser»².

Esta nueva visión de la Iglesia ha hecho «más pesada la púrpura», según acertada expresión de la revista *Incunable*³.

Eso se debe, ya sea a que los cristianos, conscientes del misterio eclesial, exigen más a los que gobiernan la Iglesia; ya también a que el abuso de autoridad se torna cada día más difícil; ya, finalmente, a que muchos mezclan auténticos valores con deseos y complejos personales en su despertar a esta visión deslumbrante de la Iglesia.

La problemática que entraña hoy el misterio de la Iglesia y el hecho de que el Instituto Pontificio San Pío X sea un centro dedicado a su servicio en la tarea de iniciación religiosa de la juventud me han impulsado a comentar brevemente algunos principios básicos o, más bien, a reflexionar en común sobre la iniciación de niños, jóvenes y mayores en el misterio de la Iglesia.

Estructura general.

Señalo sucintamente las tres partes de esta intervención:

Empiezo presentando ciertas nociones de orden teológico con las cuales debe contar la enseñanza del misterio de la Iglesia. Entro en

² R. GUARDINI: *L'Eveil de l'Eglise dans les âmes*, en «Hochland», 19 (1922), 257-268. Nosotros hemos tomado el texto de H. RAHNER: *Marie et l'Eglise*, Cerf, París, 1955, pp. 15 y 16.

³ N 192, junio (1965).

seguida en los aspectos pedagógicos de dicha enseñanza. Las reflexiones finales —susceptibles de referirse tanto a la teología como a la pedagogía— subrayarán la importancia de lo existencial, de la vida y comportamientos para iniciar a los cristianos en el misterio de la Iglesia.

Termino estas palabras introductorias con una breve aclaración: la vida en Iglesia entraña doble dialéctica, correspondiente a dos relaciones fundamentales. Por la primera, todo cristiano debe guardar relación determinada con el origen primero del misterio de la Iglesia: Dios, la Santísima Trinidad, Cristo, el Espíritu. Por la segunda, y habida cuenta de la voluntad de Cristo sobre la Iglesia —instituida y jerárquica—, el cristiano se relaciona con otros hombres, superiores o inferiores suyos.

Por esto mismo, nuestro pensamiento va a girar en torno a la dialéctica Dios-hombre y superior-inferior y viceversa. Por superior entiendo el hombre que de alguna manera se ocupa de otros con grado inferior a él, sea cual fuere el sentido de esta graduación: jerárquica, intelectual, moral, corporal, económica. Pienso con especial atención en el profesor, el maestro, el pastor..., en relación con las almas que les están confiadas. No excluyo, naturalmente, a quienes poseen otro tipo de jerarquía: eclesiástica, religiosa...

I

LINEAS TEOLOGICAS FUNDAMENTALES

La iniciación en la Iglesia ha de partir de este *principio teológico*: no podemos afirmar, propiamente hablando, que existan actos sobrenaturales sólo individuales. Todo acto sobrenatural de fe o caridad, incluso el más personal y aislado, posee dimensiones eclesiales. En él de algún modo está la Iglesia: se realiza en ella; nos une más y más a ella.

Ahora bien, si nos referimos al campo de la conciencia, este principio es —en los primeros años de la infancia— muy poco o nada explícito.

A la acción catequística toca desplegar, desarrollar, explicitar y hacer tomar conciencia gradualmente de este misterio: llegado al período de madurez humana y cristiana, el educando, siempre que re-

flexione sobre el contenido de su fe, debe encontrar en sí mismo la realidad Iglesia, comunidad, Cuerpo místico, problemas sociales..., en fin, el otro.

Como el educando es un ser en constante devenir, en continua experiencia de nueva vida, importa mucho que, paralelamente a las fases de su desarrollo biológico y psíquico, se le haga caer en la cuenta de que su entrada en la Iglesia no fue ni es un acontecimiento estático, sino dinámico; dicha entrada está siempre ante el cristiano como misterio de relación personal, cuyas virtualidades ha de ir descubriendo poco a poco.

Le proporcionaremos la clave para esta mayor integración en lo eclesial, si logramos infundirle *sentido de Iglesia*.

Este, más que ningún otro sentido cristiano, se adquiere por iniciación, por experiencia. Mucho más, en todo caso, que por mera enseñanza o reflexión intelectual.

El desarrollo teológico reflejo del misterio de la Iglesia es históricamente reciente. El propio Santo Tomás no lo estudia de modo expreso. En sus escritos, la Iglesia es el ambiente, el clima, el espíritu, las claves teológicas que bañan todos sus tratados sobre la Trinidad, cristología, sacramentos, antropología cristiana..., sin constituir tema determinado o estudio aparte que el Santo, probablemente a sabiendas, no quiso componer ⁴.

Tardío también fue el desarrollo de los sacramentos. Su explicitación teológica, su número y distinción de otros signos sacramentales y su profundizamiento reflejo se llevó a cabo con la Escolástica.

Al revés aconteció con otros misterios, tales como el de la Trinidad. Su planteamiento sistemático tiene lugar en los albores mismos de la era cristiana.

Se debe, quizá, a que en ese misterio el aspecto intelectual o ideológico —v. gr., de las procesiones— se subraya más que en el misterio de la Iglesia o de los sacramentos.

Es éste, sin duda, el motivo de la aparición de las primeras herejías trinitarias ya en los primeros tiempos de la Iglesia: el hombre, al ponerse a pensarlos, se desvía...; mientras que la Iglesia y sacramentos se pensaron menos, pero se vivieron intensamente en la vida litúr-

⁴ YVES M.-J. GONGAR, O. P., *Ensayos sobre el misterio de la Iglesia*, Estela, Barcelona, 1959, 47-69.

gica, en las organizaciones eclesiales, en la acción pastoral sobre las almas.

Podríamos traer aquí un ejemplo sobre el sentido vivido de Iglesia: en los pórticos de las Iglesias románicas y góticas se describe de modo gráfico la caravana de los mortales camino del cielo o del infierno. Nunca faltan en las dos vías miembros de la jerarquía eclesiástica. Esto revela en la sensibilidad de entonces un sentido de Iglesia de mejor ley que el de muchos cristianos de hoy, incapaces de distinguir entre autoridad jerárquica y santidad personal.

El sentido de Iglesia es vivencia, más que noción.

Supone comprometerse personalmente en ella, sufrir sus avatares, vivir intensamente su problemática, tanto la del sector clerical como la del laical.

Una comparación nos puede dar luz: sentido de las artes no equivale a nociones sobre las mismas. Se puede tener sentido de la música sin ser musicólogo, sin especiales conocimientos teóricos.

II

LINEAS PEDAGOGICAS FUNDAMENTALES

La iniciación en el misterio de la Iglesia consiste en impulsar a una masa humana concreta —niños, jóvenes o adultos— hacia determinados comportamientos. Debe contar, pues, con el sentido evolutivo del ser humano. Está condicionada, por lo mismo, por las edades del crecimiento.

Pensamos en sentido estricto en la edad adolescente.

También en aquellas edades que le son equiparables por darse en ellas más agudizada la búsqueda de madurez humana y religiosa.

Entran aquí, pues, no sólo los adolescentes en lo somático. También aquellos jóvenes o adultos que aún no han podido contrastar su problemática personal con la realidad viva de la Iglesia; aquellos que, criticando sus estructuras y su vida, están más bien demostrando su propia indigencia de madurez, su incapacidad e incluso su falta de aquel sentido eclesial que daría a la Iglesia las virtualidades que en ella no encontramos.

De ahí que debamos reflexionar aquí también sobre la *Pedagogía del Misterio de la Iglesia*.

La catequesis ha de provocar el paso de la Iglesia local a la universal.

Se requiere, por hipótesis, experiencia de las realidades inmediatas de la Iglesia. Sin ella es imposible y sospechoso todo sentido de Iglesia universal. Así, v. gr., no se pueden apreciar justamente valores como el Papa, Iglesia romana, comunidad de los santos..., si falta el sentido del propio obispo, párroco, superior o comunidad espiritual de personas con quienes convivimos, ya que en estos valores particulares se encuentra el núcleo de aquéllos.

Iglesia local no significa sólo parroquial. Es más bien la comunidad humana y espiritual en que vivimos. Se trata de perspectiva espiritual, más que jurídica, de la Iglesia.

La Iglesia universal no brota de la amalgama o federación de Iglesias locales ni, por tanto, el simple conocimiento exterior de muchas comunidades locales da necesariamente mayor sentido de la Iglesia universal.

La comunidad local sólo permite y facilita el salto a las realidades universales de la Iglesia, si se atiende entrañable y amorosamente a la riqueza medular contenida en la Iglesia pequeña.

Razones históricas, psicológicas y, sobre todo, teológicas motivan esto:

Históricas.—En sus escritos, Pablo ve en cada Iglesia concreta a toda la Iglesia de Cristo, radicada *hic et nunc* en Corinto, en Roma... En esa perspectiva se explica la importancia excepcional que en los primeros siglos se reservaba al obispo con su presbiterio.

Psicológicas.—El hombre conoce lo universal a partir de lo singular. Como para el metafísico aristotélico el ser no existe en sí mismo, independiente de cada ser concreto, así tampoco el cristiano se relaciona con una Iglesia abstracta, sino con entidades eclesiales muy determinadas.

Teológicas, sobre todo.—Las realidades teológicas básicas de la fe —palabra, sacramentos, comunidad, testimonio, instituciones— las po-

seemos primero en la Iglesia local. Tienen, sin embargo, ante todo, valor místico: si bien las recibimos en un lugar concreto y de manos de personas determinadas, trascienden lo espacial y temporal y nos integran en el misterio de la Comunidad de los Santos, no sujeta a límites de lugar o de tiempo ⁵.

Concretemos con dos ejemplos.

El bautismo y la confirmación los recibimos en una parroquia o iglesia local, pero nos habilitan para ejercer funciones cristianas (oración, apostolado...) en un ámbito que trasciende lo puramente local.

La exención que de algún modo tienen los religiosos no es privilegio personal para romper vínculos con la Iglesia local, sino aplicación del universalismo cristiano: por ella, el religioso no queda aprisionado por ninguna fidelidad y servicio de dimensiones estrechas. Se supera así, sin desentenderse de ella, la problemática de Iglesia local para mejor servir a toda la Iglesia: la exención, bien entendida, es testimonio de catolicidad, al mismo tiempo que medio concreto para obtenerla.

Vivimos, pues, en el aquí, pero sin atarnos a él. Prodúcese así santa tensión entre los vínculos que nos unen a una y otra Iglesia.

* * *

Dijimos que la Catequesis ha de provocar el paso a la Iglesia universal. También *toca a ella, en segundo lugar, promover el paso de la adhesión infantil a la adulta.*

No es posible poseer sentido equilibrado de la Iglesia sin ciertas condiciones propias de la personalidad adulta, como tampoco puede ser ciudadano auténtico sino quien tiene personalidad humana relativamente completa. Se requiere, en resumen, una serie de cualidades que podemos ver recapituladas en el valor que llamamos *sociabilidad*.

La sociabilidad consiste en la capacidad de anudar verdaderas relaciones con los otros.

El signo más expresivo es el *diálogo*. Signo y, al mismo tiempo, factor de madurez humana y religiosa.

Sólo es posible entre interlocutores con miras amplias, con cuanto ello entraña de abertura en lo territorial, comprensión profunda de

⁵ Cfr. F. J. ARNOLD: *Mensaje de fe y comunidad cristiana*, en «Verbo Divino», Estella, 1962, pp. 64-71.

los hombres y de los valores relativos de muchos de sus modos de pensar y de vivir.

Surge espontáneamente cuando se ha logrado en la propia persona la síntesis entre el pensamiento y la acción, la idea y la experiencia, el concepto de hombre y el conocimiento de hombres concretos a través del trato con ellos. La persona capaz de dialogar, prueba, en una palabra, que ha llegado a la síntesis entre el silogismo esquemático de la lógica de bufete y la sinrazón sapientísima de la vida.

Se exige del educador y catequista constante trabajo de discernimiento para provocar los factores de adhesión adulta.

Esta halla su punto de aplicación en dos *planos o facetas* de la Iglesia: en cuanto *vida comunitaria* y en su aspecto de *institución*.

* * *

Iglesia como Comunidad.

Por participar el cristiano de la *vida de la comunidad eclesial*, hemos de obtener de él el paso de la participación pasiva, gregaria y predominantemente sociológica, a la adhesión libre.

El niño, sobre todo, vive la vida cristiana de modo sociológico.

Es normal que confunda la Iglesia con el medio religioso de vida en que pasa su existencia.

El tránsito del nivel infantil a la pertenencia personal eclesial entraña una *crisis*, especialmente en los adolescentes, época del descubrimiento de la *personalidad*.

La crisis se manifiesta en diversas formas de oponerse a la comunión con los otros, de menospreciar la comunidad concreta en que vive y la Iglesia instituida.

Corre entonces el peligro de construirse una Iglesia demasiado idealista y pura y de rechazar todo lo que es grupo, conjuntos humanos abigarrados, celebraciones comunitarias. Le parece que todo ello pone en entredicho y limita su libertad, su personalidad.

Es frecuente esta crisis también en mentalidades de tipo universitario, una de cuyas modalidades es la del intelectual puro: por no haberse enfrentado aún con la vida en su inmensa complejidad, exige de la comunidad una serie de cualidades sólo posibles en individuos en circunstancias privilegiadas de cultura y existencia.

Se manifiesta esto también en religiosos y sacerdotes jóvenes, en los primeros años de vida apostólica, cuando aún no han encontrado equilibrio y madurez perfectos y luchan contra las influencias impuestas gregariamente en los seminarios y centros de estudio: están en la etapa de búsqueda de sí mismos, más violenta cuanto más gregarismo hubo en los años de formación.

Conviene aprovechar esas crisis que, además de naturales, entran en lo providencial, para que el individuo realice la entrada personal en la comunidad y pueda decir: «Yo creo», y no sólo: «Nosotros creemos». Es decir, para que adquiera la dimensión personal y libre de la fe.

° ° °

Iglesia en cuanto institución.

Por pertenecer el cristiano educando a una estructura eclesial jerárquicamente *instituida*, los educadores hemos de solicitar de él el paso de la docilidad infantil al compromiso personal adulto, es decir, a la verdadera *obediencia cristiana*.

Aquí la plenitud humana y religiosa se consigue con mentalidad de hombre adulto, consciente de las motivaciones eclesiales de sus actos.

La docilidad infantil suele ser más instinto que virtud de obediencia. Aquí tomamos virtud en el sentido de la «vis» o prueba de virtud.

El niño se somete instintivamente. Se encuentra gustoso en grupos que realizan con él funciones de incubadoras: no ve problema en la sumisión porque nunca la ha asumido con plena responsabilidad. Es inconsciente del alcance de sus actos, no sólo para él ni para su superior, sino para la Iglesia. No se da cuenta de las consecuencias eclesiales de un acto de gobierno mal enfocado por falta de consejo, de perspectiva, de visiones globales y universales en el que ordena.

Cuando en hombres adultos hallamos esta «docilidad» apblemática, hemos de sentirnos inquietos, si en verdad consideramos al hombre no sólo como persona aislada, relacionada sólo individualmente con su superior, sino como persona con responsabilidad eclesial, es decir, enfrentada dialécticamente con la Iglesia, con toda la comunidad en su complejidad, en sus riesgos, sufrimientos, avances y retrocesos.

Esa que hemos dado en llamar «docilidad aproblemática» puede significar cosas no siempre positivas:

- que uno es un infeliz o ingenuo; no cala en la envergadura de sus actos para la Iglesia;
- que carece de pasiones fuertes, es decir, de recursos psíquicos, temperamentales, afectivos... que, en el trance de la acción, son, al menos, tan decisivos para ponernos en movimiento como los mismos recursos ideológicos;
- que uno no está comprometido con toda la obra, sino con la sola persona individual que gobierna.

A la hora de las graves decisiones y de las empresas arduas, dice el psicólogo César Vaca, los mismos que gobiernan no saben qué hacer ni qué partido sacar de tales sujetos ⁶.

Es necesario, pues, conseguir la evolución hacia la libertad verdadera y ayudar a conseguir la síntesis entre individualidad, personalidad, exigencia crítica de motivos y obediencia eclesial a la institución, elementos todos ellos que integran la libertad cristiana.

La meta a que hemos de apuntar podría ser ésta: lograr que la obediencia sea aceptada a causa del deseo expreso de Cristo de que nuestros actos se ordenen según los fines de una Iglesia jerárquicamente estructurada.

Es misión de la Catequesis facilitar el paso; lograr que el catequizando purifique los motivos de su adhesión y acoja libremente la institución o —hablando en términos psicológicos— provocar una necesidad interior, libremente aceptada.

Lo facilita el estilo de autoridad fraterna que se respira en estas palabras de la Escritura: «Apacentad el rebaño de Dios que os ha sido confiado, no por fuerza, sino con blandura, según Dios; ni por sórdido lucro, sino con prontitud de ánimo; no como dominadores sobre la heredad, sino sirviendo de ejemplo al rebaño» (I Pe 5, 2-4).

La obediencia se convierte entonces en fidelidad y amor a Dios y a su obra, a través de personas particulares, pero sin limitarse a ellas.

⁶ C. VACA: *Ensayos de psicología religiosa*, Ed. Religión y Cultura, Madrid, 1958, p. 183 ss.

IMPORTANCIA DE LA VIDA EN LA PEDAGOGIA DEL MISTERIO DE LA IGLESIA

En esta última parte haremos una breve meditación teológica sobre la significación de la *imagen* en el Cristianismo, y deduciremos las consecuencias catequístico-pastorales.

Algún autor⁷ ha afirmado que el Antiguo Testamento se distingue del Nuevo por la ausencia en aquél de imágenes visuales.

Esa ausencia creó un vacío sacro y los signos correspondientes que invitaban a la presencia. Mientras que la imagen en el Nuevo Testamento señala que la realidad llegó ya. La hemos visto con nuestros ojos y continuamos viéndola en su imagen.

La Palabra está así autenticada por la imagen. Esta viene a ser como la forma de la palabra, la palabra visible⁸; puesto que la Palabra vino visiblemente, exige transmisión visual, no sólo audible⁹.

La imagen no sólo revela como el signo y la palabra; es más; es demostración, «mostración» concreta. Se destina a representar la cosa misma¹⁰.

Nuestra fe en la Iglesia se fundamenta, de modo inmediato, en lo oído, en la Palabra; pero, en último término, en lo visto: unos hombres —apóstoles, testigos: los «mártires»— dan testimonio. Fueron videntes privilegiados de la Imagen del Padre hecha Verbo encarnado.

Su misión consistía en reproducir con palabras y gestos sacramentales la Imagen que vieron sus ojos. En este entretiem po, hasta la parusía, el ministerio de la Iglesia se define como acción destinada a reproducir la imagen vista por los testigos elegidos.

La Iglesia peregrinante en este 1966 continúa la presencia encarnada de Dios entre los hombres, si sabe descubrirles con su vida la imagen del que es Imagen del Padre; si sus palabras son fuertes, ciertamente; pero, sobre todo, si es exacta la representación de la Imagen encarnada.

Su presencia salvífica —continuadora de la Encarnación— debe hacerse corporal, visible, para ser plenamente real. Una presencia sólo

⁷ J.-PH. RAMSEYER: *La Parole et l'image*, Delachaux et Niestlé, 1963.

⁸ Id., p. 35 ss.

⁹ Pág. 73.

¹⁰ Pág. 33.

espiritual es imperfecta, intencional, tendenciosa. Tiene algo de no presencia. Viene bien aquí el texto de Dios por Isaías: «Yo que *hablaba* (por los profetas) he aquí que *estoy*» (Isaías 52, 6). La Iglesia es acción en el mundo por el cuerpo visible¹¹.

Muchos se preguntan hoy cómo se explica tanta esterilidad en la Palabra de la Iglesia. Se debe, en cierto modo, a que los hombres no aciertan a descubrir en ella corporalmente la Imagen del Padre. Los hombres de nuestros países llamados cristianos no aciertan a encontrarse con Cristo porque los cristianos no lo revelan en sus vidas.

Urge, pues, que la Iglesia produzca impacto, que choque e inquiete al mundo por su modo de vivir, es decir, que sea, ante todo, acontecimiento y sobresalto como lo fue el propio Cristo.

Esta teología de la imagen pide a la Iglesia *tres formas de conversiones*:

1.^a Que la Iglesia se presente primordialmente como misterio de Dios. Debe preocuparse menos del prestigio de las falsas manifestaciones religiosas, para dar más visibilidad al auténtico misterio de Pascua y Pentecostés. ¿No se endereza a esto la nueva liturgia que el Concilio ha hecho posible? Antes de él, muchas almas sinceras y apostólicas dudaban de la verdad —para el pueblo— de los misterios culturales. Hoy, celebraciones acaso menos aparatosas permiten mayor descubrimiento del misterio que encierran.

Es específico de la Iglesia presentarse al mundo, ante todo, como asamblea de creyentes, fraternidad entrañable, pueblo en fiesta, celebrante de la Eucaristía.

Tiene esto infinidad de aplicaciones. Así, la necesidad de un culto menos barroco y aparatoso, que sea celebración en verdad del misterio de la Palabra y del Sacrificio y condenación del fachadismo; la renuncia al lujo en las formas de adornar el templo, de vivir y vestir los apóstoles cristianos; lenguaje adaptado a la civilización que sea signo de una Iglesia viva; independencia evangélica de los poderes temporales: más aporta un verdadero creyente que infinidad de cristianos puramente sociológicos.

2.^a Se pide a la Iglesia que, en consecuencia, dé testimonio visible y corporal de pobreza y humildad, no sólo en sus bienes tempo-

¹¹ Y. M. CONGAR: *El misterio del Templo*, Estela, Barcelona, 1963, pp. 269 y 270.

rales, sino, sobre todo, en su espíritu, mentalidad y diálogo con el mundo, con las religiones, culturas y civilizaciones.

Una expresión de este diálogo es el arrepentimiento de sus pecados para confesar así la santidad del Señor. Todo el Concilio Vaticano II es testigo de esa tremenda paradoja de la Iglesia: sin dejar de ser santa, debe arrepentirse de muchos pecados de ayer y de hoy.

Excelente forma de arrepentimiento es la actitud de escucha: viene a significar desconfianza de sí misma, para descubrir a Dios incluso en sus mismos enemigos.

Tiene esto constante aplicación en todos los grados de la superioridad: el maestro o profesor con sus discípulos, el superior con sus súbditos, el sacerdote con sus feligreses, el obispo con sus diocesanos... Es lamentable que vivamos tan separados: los riesgos del diálogo son infinitamente inferiores a los males que causa la cerrazón del primero a quien corresponde abrirse, del que gobierna.

Sin este testimonio, la Iglesia perdería uno de sus ejes esenciales: se presentaría al mundo como palabra, pero no como imagen encarnada de Cristo.

3.^a La Iglesia, finalmente, debe fundar de modo explícito los motivos de su institución. Sólo la misión apostólica y la santidad de sus miembros la justifican. De ahí que sea sospechosa toda exhibición externa de sí misma —provisión o mantenimiento injustificado de cargos, v. gr., no reclamados por su finalidad apostólica, por los valores de gracia—.

No hace mucho, un ejemplar prelado ironizaba la figura del obispo veterano que justificaba la continuidad en el cargo a pesar de sus años, con el clásico tópico: «He de morir al pie del cañón.» Lo que sucede, nos decía, es que ya no se está al pie del cañón, sino al lado de él, incapacitado para usarlo.

CONCLUSIÓN.

Resumimos y concluimos.

No sin razón se afirma que la Iglesia se divide en dos fases: antes y después del Concilio.

Especialistas de la teología viva y pensadores de la acción pastoral vislumbran para la Iglesia del futuro incógnitas difíciles de resolver.

Ocurre que en épocas de crisis graves como la nuestra, muchos de

los contemporáneos suelen permanecer inconscientes respecto del problema. Esto es grave.

Corremos el peligro de dejar, distraídos, que pase a nuestro lado el carro de la historia, que es irreversible.

Llegada la hora decisiva de rendir cuentas, podría suceder que quienes nos creemos más seguros de nosotros mismos, seamos los más responsables ante Dios y ante los hombres por el solo hecho de no haber tenido encendidas las lámparas.

Se nos pide a los educadores *lucidez* y *decisión* generosa.

Lucidez para hacernos cargo de que la Iglesia y el mundo están cambiando definitivamente en sus formas, métodos, relaciones, y de que incluso van desapareciendo muchos de los problemas a los que, ayer tan sólo, nos aferrábamos por creerlos vitales.

Decisión para aceptar el reto. Se nos exige no tanto luchas ideológicas contra enemigos de fuera cuanto revisión de nuestro existir dentro. Lo hemos dicho con insistencia: del acento colocado ayer sobre la apologética hemos pasado a subrayar la importancia de la vida, del testimonio.

Los hechos no se discuten. A lo sumo, se interpretan.

El hecho actual es éste: hoy la vida se ha convertido en argumento, en filosofía. Lo declaraba con otros términos Pablo VI a los Padres conciliares a su regreso de Estados Unidos.

A los educadores se nos pide el testimonio de la humildad, de la caridad, de la pobreza evangélica, manifiestos en el afán incoercible de diálogo profundo con la problemática de nuestro hoy, que se ha dado en llamar la época de los jóvenes. Es ésta la más acertada educación que podemos dar acerca del Misterio de la Iglesia.